



# La parroquia de Santa Inés

por JORGE DEMERSON

Al llegar por primera vez a Santa Inés, el viajero no puede menos de quedar admirado. Acaba de cruzar los ricos y abiertos campos, que se extienden entre San Rafael y Buscastell, y luego una zona más fragosa, despoblada, inhóspita, al final de la cual se retuerce solitaria la carretera, atravesando densos pinares. De pronto, al extremo de una cuesta, cesan los pinos, y el visitante contempla a sus pies una amplia y redonda depresión, que rodean y limitan al horizonte unas suaves lomas tapizadas con el tierno y fino césped de los pinares. La tierra roja aparece cultivada con esmero, entre las vallas de piedra seca. En medio de las higueras y de los almendros desparrramados por el extenso redondel, las alegres notas de las casas blancas. Y al final de la recta carretera que, cuchillo de plata, corta en dos partes iguales el circular paisaje, cuatro o cinco albas casitas, como juguetes, parecidas a las que se ven en algunos belenes: aquélla, un poco más alta que las otras, cuya espadaña chata resalta apenas, aquélla es la iglesia de Santa Inés, centro y corazón del amplio valle que por su forma mereció desde antiguo el bonito nombre de *Corona*.

Sita al noroeste de la isla, la parroquia de Santa Inés está adosada al mar. Queda separada de él por una serie de alturas y su costa, formada de acantilados muy abruptos, alcanza a veces una altura de doscientos metros sobre el agua. Integran esencialmente esta parroquia dos valles: el de Sant Gelibert y el ancho y amplio de Corona. De la dominación cartaginesa, romana y árabe en esta comarca, no queda nada concreto: sólo merece señalarse el nombre de Can Maimó, de origen evidentemente arábigo.

Santa Inés está en una zona poco poblada, cuyos recursos son únicamente agrícolas. Agrupa teóricamente el distrito parroquial unos ochocientos habitantes.<sup>1</sup> No crece el vecindario en la

actualidad: no se ven en el ámbito de la parroquia casas nuevas o recién construidas, haciendo caso omiso, por supuesto, de algunos chalets de turistas. Por el contrario, disminuye el número de vecinos, a causa de la emigración, y disminuye rápidamente. Me han referido que un año, de diez parejas que habían contraído matrimonio en esta parroquia, sólo una quedó en ella para vivir. Esa emigración activa es por regla general interior. Los ineseños no salen de la isla. Se contentan casi todos con ir a San Antonio, donde viven del turismo. En vez de esos ochocientos feligreses de derecho, la parroquia, según el último cálculo del cura, en 1970, sólo contaba con 414, y en 1971, 14 personas más se habían ido.

Hasta finales del siglo XVIII, este territorio pertenecía, desde el punto de vista administrativo, al cuartón de Balansat y, por una pequeña franja, al de Portmany. Eclesiásticamente, en cambio, la mayor parte de las casas que fueron adscritas a Santa Inés estaban con anterioridad asignadas a la vicaría de Sant Antoni de Portmany y otras, menos numerosas, a la vicaría de Sant Miquel de Balansat. Los naturales se quejaban de la distancia que tenían que recorrer para cumplir con sus deberes de cristianos o recibir los auxilios espirituales. Consciente de esta situación, el primer obispo de la isla, el muy activo y benemérito doctor Abad y Lasierra, publicó, en 16 de julio de 1785, un decreto que cambiaba totalmente la fisonomía de su diócesis. Entre otras disposiciones, creaba como parroquia independiente la de Santa Inés, desgajándola de la vicaría, también por supuesto elevada a categoría de parroquia, de San Antonio.

El primer documento oficial que obra en el archivo de la nueva parroquia es una nota extendida de su puño y letra por el visitador eclesiástico en el libro de matrimonios, en el cual este sacerdote recomienda al cura párroco, en nombre del obispo «tenga bien presente el de-

creto de creación de esta iglesia parroquial».² «Los feligreses —continúa el citado documento— han pedido el traslado de la imagen de la Santa que se halla en una de las capillas subalternas de la iglesia de San Antonio Abad, de donde habían sido feligreses los de este territorio de Corona. Atendiendo al mayor culto y veneración que había de tener esta imagen en una iglesia que principalmente está dedicada a Santa Inés, pues se ha de colocar en el nicho de la capilla mayor, mandamos se traslade la expresada imagen a esta iglesia parroquial, siempre y cuando llegue el caso de poder celebrar misa en el nuevo templo».<sup>3</sup>

No llegó en seguida el caso. En 1787, cuando se escribía lo que antecede, había empezado a construirse la iglesia. Refiere la tradición, y no sólo en Santa Inés, que los payeses edificaron ellos mismos, con sus propias manos, el templo que había de ser su iglesia parroquial. Es muy probable que no intervino para trazar los planos del templo ningún maestro arquitecto. Por lo menos la historia no ha conservado su nombre. Por otra parte, siendo el payés ibicenco, y todavía en la actualidad, muy hábil maestro de obras, no era preciso recurrir a ningún facultativo. Como los poemas épicos griegos, o las canciones de gestas medievales, fue la iglesia obra anónima del pueblo unido.

Los domingos, y los días festivos, al acudir a Corona para oír misa, los feligreses traían cada uno su sillar o su canto, con el fin de contribuir a la obra común. Además los hombres daban su tiempo y su trabajo para llevar a cabo la apasionante empresa que habían acometido. Y, en efecto, en un principio la construcción marchó «a toda furia», como decía dos siglos antes el P. Sigüenza al referirse al monasterio de El Escorial. «Confiamos —escribía el visitador— que con el favor de Dios lograrán en breve estos feligreses el consuelo de tener reservado el Santísimo Sacramento en su nueva iglesia. Viendo el celo y ardiente caridad que les anima a trabajar en ella, hemos tenido particular gusto y contento al reconocer y examinar su fábrica, y lo adelantada que se halla en el corto tiempo que ha empezado su construcción». A pesar de esa gran actividad y de ese encomiable celo, que hubieron de decaer un poco en ocasiones, tardaron veinte años los vecinos de Santa Inés en concluir su iglesia, pues sólo «se colocó el Señor el 25 de diciembre de 1806».<sup>4</sup> Durante todo este tiempo hizo las veces de iglesia «una capilla que habían dispuesto en casa de Antonio Bonet, vulgo casa en Jordi de la misma parroquia, en donde se celebraba el Santo sacrificio de la misa y se hacían las demás funciones parroquiales».

Los principios de la nueva parroquia fueron un poco confusos y dificultosos. El buen sacerdote

designado para servirla no descollaba al parecer ni por la cultura, ni por su sentido de la organización o de la administración, ni siquiera por el más elemental sentido común. Quedó punto menos que horrorizado el obispo en la primera visita pastoral que giró a Santa Inés. Aunque se expresa con moderación y cristiana caridad, no puede ocultar su disgusto y su inquietud: «hemos no solamente encontrado triplicadas, o a lo menos duplicadas, un considerable número de sus partidas, sin quedarnos la menor duda de ser las tres o las dos, una misma, a pesar de verse en algunas la variación del día o del mes en que se administró el Bautismo, se celebró el Matrimonio o se enterró el difunto; sino también reparado con el mayor disgusto y sentimiento que los mencionados asientos apenas observan orden cronológico, y que la mayor parte de ellos, a más de ser muy mal escritos, están llenos de borrones, adiciones, abreviaturas irregulares, guarismos y aún con bastante frecuencia de blancos, en que faltan palabras substancialísimas, cuyos notables defectos no podemos disimular sin faltar al debido cumplimiento de nuestro ministerio pastoral y exponer a nuestros amados feligreses a muchas confusiones, pependencias, litigios y a otros gravísimos e irreparables daños y perjuicios que en los tiempos venideros podrían seguirseles de aquéllos».<sup>5</sup>

Para evitar esos males, dicta el Prelado varios «preceptos» de buen sentido, como es «averiguar los nombres, apellidos y parroquia de los sujetos interesados, firmar el cura las partidas, dejar un blanco entre dos partidas» y otros consejos algo triviales pero indispensables en ese caso. También entrega al cura un «ejemplar» —o sea un modelo— de partidas que tendrá en adelante que copiar al pie de la letra. El texto de esta carta pastoral de 19 de noviembre de 1796, reproducido al principio de los tres primeros registros de bautismos, matrimonios y defunciones de la parroquia, sirve de introducción recordatoria al cura. A continuación el párroco tuvo que copiar las partidas —por lo menos aquellas de que conservaba rastro—, correspondientes al decenio anterior, de forma que los documentos más antiguos que obran en estos tres libros son de marzo y abril de 1786. Durante casi 190 años de existencia, la parroquia fue regentada por 23 sacerdotes que ejercieron su ministerio con distintos títulos: párrocos, ecónomos, regentes y encargados. En el siglo XIX la duración media de sus funciones fue de 12,3 años: 10 sacerdotes cubrieron en efecto los 123 años que van de la creación de la parroquia a 1909. Luego en los 65 años que corren hasta la fecha —1970 a 1975— 13 sacerdotes estuvieron a cargo de Santa Inés, lo que arroja un promedio de 5 años para cada uno de ellos. Los que durante más tiempo desempeñaron la cura de almas de Corona fueron don José Ribas, que

estuvo al frente de la parroquia durante un cuarto de siglo: de 1833 a 1857, y don Jaume Juan Mayans que le aventajó en unos meses: de 1884 a 1909.

Sin ánimo de iniciar aquí un estudio sociológico de la parroquia de Santa Inés, hemos hojeado por curiosidad los primeros folios de los libros de bautismos y defunciones. En los catorce años que van de 1786 a 1799, ambos inclusive, contamos 190 bautismos. La cifra debe de ser exacta pues en 3 de marzo de 1797, en su Palacio episcopal, el obispo fray Clemente Llocer confirma el número y autenticidad de las 137 partidas extendidas por el cura D. Joseph Sala, que constan en el libro y corresponden a los años 1786-1796. De esos 190 nuevos cristianos, 98 eran varones y 92 hembras. Dos de ellos, un niño y una niña, nacidos en 1789, son de padres desconocidos, pero «tendrán padrinos».

Los apellidos que aparecen en estas partidas son los siguientes: Bonet, Cardona (oriundo de San José), Colomar, Costa, Francolí, Planells, Prats (procedente de San Antonio), Ramón, Ribas (natural de San Agustín), Riera, Roig, Sala, Serra, Torres y Tur.

Si el número de bautismos oscila cada año entre 7 y 20, estableciéndose el promedio anual en 13,57, los entierros en cambio, son menos numerosos: entre 6 y 7 por año (6,7 de media anual) o sea 94 en total frente a los 190 bautismos. En aquella época no se hablaba de limitación de nacimientos y éstos superaban, y con mucho, el número de los fallecimientos. Es verdad que la mortalidad infantil era superior a lo que es ahora, aunque en el caso que interesa sólo figuran 18 párvulos entre los difuntos que hemos mencionado. Añadamos que los notarios, ante los cuales suelen otorgar testamento los feligreses de Santa Inés, son don Tomás Juan y don José Sala Bened.

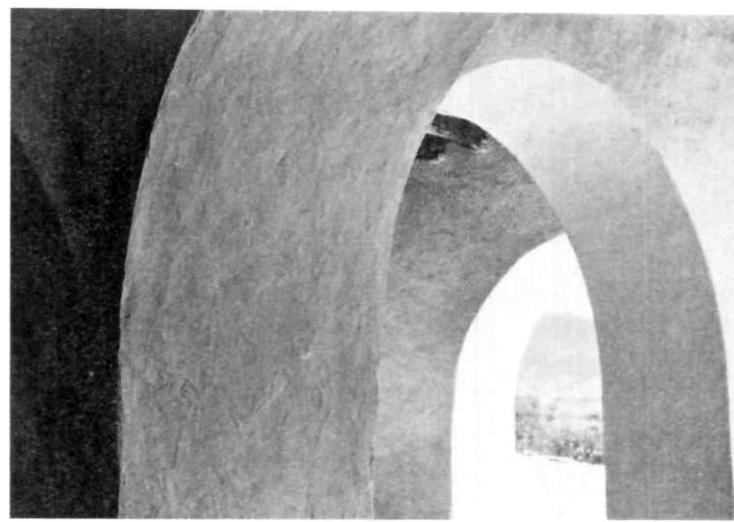
Está claro que para un estudio sistemático y exhaustivo de la vida de la parroquia, estos libros podrían dar mucho más de sí. Desde 1786 se conservan todos los registros. No son muchas las parroquias de la isla que pueden ufanarse de haber tenido la misma suerte. Aunque la iglesia fue ocupada, saqueada y quemada en 1936, estos libros escaparon a la destrucción, porque los llevaron a su casa unos particulares que los restituyeron luego al párroco. Hoy en día existen dieciséis libros, todos ellos escritos en castellano, a saber:

Siete libros de bautismos.<sup>7</sup>

Cuatro libros de casamientos.

Cinco libros de defunciones.

A pesar de las vicisitudes por las que atravesó, y de las consiguientes restauraciones, la iglesia de Santa Inés no ha sufrido ningún cambio importante desde que se construyó. Es del tipo común en la isla, derivado al parecer, de la casa solarie-



ga de los próceres ibicencos; esas casas tenían como característica el arco de medio punto, detalle que se vuelve a encontrar en todos los templos de la isla. En la iglesia, no muy alta, no muy larga, pero sólida, armoniosa y de agradables proporciones,<sup>8</sup> los arcos de medio punto perpendiculares al eje principal de la nave están muy marcados y confieren al conjunto un extraño y sabroso sello románico. También por medio de otros arcos parecidos, pero más pequeños, se abren en la nave principal las capillas laterales, muy poco hondas. En cada una de ellas, aparece un nicho con una imagen protegida por un cristal. Los santos están en sus vitrinas; como quien dijera, en sendos escaparates. De ellas, sólo dos imágenes, dos tallas de madera, parecen tener algún mérito. En una capillita a la derecha, un San Roque, con su perrito, muy carcomidos uno y otro, pero cuya pintura, que parece restaurada, resiste bien: puede ser obra de algún aficionado local. La otra, más chica, en una vitrina de la izquierda, es un San Vicente Ferrer, de más cuidada factura, donde se aprecia mejor el «oficio» del imaginero.

En la actualidad, la iglesia no tiene retablo detrás del altar mayor. Y no porque se quitase a raíz del Concilio Vaticano II: fue quemado en agosto de 1936, así como otras pertenencias de la iglesia. Pero algo sabemos gracias a la descripción que dejó el Archiduque Luis Salvador de Habsburgo en su libro sobre *Las Antiguas Pithyusas*. Era de madera ese retablo, de dimensiones relativamente muy pequeñas, pintado y con algunos dorados, y ostentaba en un nicho la imagen de talla de Santa Inés. Además sabemos que en el presbiterio, en el lado del evangelio, existía una imagen de la Virgen de Montserrat, encerrada en un nicho «tan desnudo de adornos escultóricos como el de la titular».<sup>9</sup>

Tal vez recuerden esos detalles los viejos feligreses; pero ahora, detrás del moderno altar conciliar, el testero presenta sólo un lienzo de pared blanco desprovisto de adorno. A la derecha de la nave, hacia el sur, y por fuera, se levanta el tradicional *porxo* de arcos semi circulares, toscamente labrado, pero acogedor, al que daba la antigua puerta principal tapiada hacia 1870, abriéndose

otra, la que actualmente se usa, en la fachada, frente a la plaza. Como es costumbre en la isla, queda incorporada la vivienda parroquial en la fábrica del templo. En el zaguán de la misma, ha organizado el cura un hogar para los jóvenes, con varias mesas de juegos y un televisor, ya que la parroquia dispone de grupo electrógeno. Detrás de esta sala común se abre el despacho parroquial. Frente a su vivienda, el cura disfruta de un huertecito tapiado, con árboles frutales y parras. Si bien no es nada monumental, la cruz de la espadaña de la iglesia se levanta, por la altura de la planicie en que está asentada, a 188 metros sobre el nivel del mar.

La fiesta de la parroquia se celebra el 21 de enero, día de Santa Inés. Existe otra fiesta oficial, que es la tradicional visita anual de los feligreses a la catedral de Santa María la Mayor. Antiguamente, esta visita se hacía el día 5 de agosto, festividad de Santa María de las Nieves, patrona de la isla. Hoy, en Santa Inés, como en las demás parroquias, la fecha es libre. Hasta hace poco se realizaba esta visita en junio; pero con el creciente desarrollo del turismo y el constante empleo que supone para los vecinos, el párroco se propone aplazarla hasta el fin de la temporada, es decir, hasta el principio del otoño.

\* \* \*

Comarca costera, pero que da la espalda al mar, del cual la separa más que la une una costa acantilada e inhóspita, Santa Inés es paradójicamente una parroquia «interior». Sus principales recursos se los proporciona no el mar sino la tierra. Su vocación no es pesquera sino agrícola; antaño también fue importante la explotación forestal. Pero precisamente en esta área, que la emigración va despoblando por momentos, faltan las vocaciones campesinas. Las duras faenas y las modestas ganancias del cultivo de secano tienen poco aliciente para quienes ven a sus hermanos o primos de San Antonio forrarse de dinero sin abandonar su mostrador o sin salir de su tienda, donde vienen a dejarles sus divisas los rebaños de turistas. Pero el maná turístico no cae en Corona; no suele caer en las zonas interiores. Lo que buscan los turistas es el mar, las playas arenosas, las comodidades, la vida fácil, los «palaces», las tiendas lujosas, las discotecas.

Frente a ellos, Santa Inés se queda con las manos vacías. Sólo puede ofrecer sus almendras, sus higos y su paz. Pero poca gente se encuentra hoy día dispuesta a varear las almendras; menos aún a recoger los higos. Queda la paz, desde luego. Una paz bucólica, una maravillosa quietud que se disfruta bajo el *porxo* o en la nave de la iglesia, apenas quebrada de tarde en tarde por la voz lejana de alguna vieja, el balido de una oveja o el eco de la conversación que en la tienda vecina mantienen dos payeses calmosos. Los mismos ru-

mores, en definitiva, que se podían oír en este paraje cuando se estaba construyendo la iglesia. Por desgracia, esta paz, que en opinión de algunos no tiene precio, no se cotiza en la bolsa. Muy pocos son los que quieren vivir «lejos del mundanal ruido». De manera que la parroquia, privada ya de muchos de sus hijos, se queda en su media soledad algo soñolienta, algo ensoñadora, mano a mano con su destino. Un destino que *hic et nunc*, no puede ser sino agrícola. Pero un destino que se puede mejorar mucho modificando profundamente los hábitos, los métodos de cultivo y, tal vez, los mismos cultivos. Un destino, al fin y al cabo, que no se me antoja tan sombrío, sino al contrario esperanzador, pues está entre las manos del activo y benemérito «Servicio de Extensión Agraria» de la isla.

JORGE DEMERSON

#### NOTAS

1. El Archiduque Luis Salvador da las cifras siguientes:  
En 1785 ..... 100 familias.  
1840 ..... 606 feligreses.  
1860 ..... 779 íd.  
1885 ..... 813 íd.
2. Visita eclesiástica de don Agustín Lapenilla, presbítero, y visitador eclesiástico por el Ilmo. Sr. D. Manuel de Abbad y Lasierra, obispo de Ibiza, 20 de abril de 1787 (Libro I de Matrimonios, fol. 3 y sig.).
3. *Ibidem*.
4. *Ibidem*, fol. 1 al margen.
5. Libro de bautismos, n.º I. fol. 6 y sig.
6. Sacerdotes a cuyo cargo estubo la parroquia de Santa Inés:  
D. Antonio Riquer, 1786-87.  
D. José Sala, 1787-1804.  
D. Juan Torres, 1805-1811.  
D. José Marí, 1811-  
D. Antonio Caravaca, 1812-31.  
D. José Verdera, 1832-33.  
D. José Ribas, 1833-57.  
D. Juan Prats, 1857-76.  
D. Juan Guasch, 1877-83.  
D. Jaume Juan Mayans, 1884-1909.  
D. José Serra Clapés (ecónomo), de 1908 hasta 1911.  
D. Antonio Cardona Vingut (Ecónomo), del 1911 al 1914.  
D. Bartolomé Escandell Cardona (Ecónomo), del 1914 al 1916.  
D. Antonio Ferrer Torres (Párroco), del 1916 al 1932.  
(Durante los tres últimos meses de 1932 estubo asistida alternativamente por el párroco de S. Mateo y un coadjutor de S. Antonio.)  
D. Antonio Roig Juan (Regente), de enero a julio de 1933.  
D. Mariano Roig Marí (Regente unos meses y luego Ecónomo hasta julio de 1934).  
D. Vicente Bonet Ferrer (Ecónomo), hasta terminar el año 1935.  
D. Mariano Ferrer Sala (Ecónomo), del 1936 al 1941.  
D. Juan Bonet Ribas (Párroco), del 1941 al 1956.  
D. José Escandell Cardona (Ecónomo), del 1956 al 1967.  
D. Juan Tur Planells (Ecónomo), del 1967 al 1970.  
D. Juan Planells Ripoll (Encargado), del 1970 al 1972.  
D. Vicente Tur Ribas (Encargado), desde el 1972.
7. El primer libro de bautismo, que consta de 248 folios útiles, abarca el período 1786-1840, año en que se concluyó. Fue comprobado por el obispo en una visita pastoral de 1842.
8. Tiene de largo 19,5 metros, por 5,65 metros de ancho, y asimismo 5,65 metros de alto, es decir que su capacidad es algo superior a la de la nave de San Agustín.
9. En las demás capillas había: en el lado de la Epístola, imágenes del Buen Jesús, de Jesús preso en el Huerto y de San Roque. En el lado del Evangelio: de la Virgen del Rosario, de la Virgen de los Dolores y de San Vicente Ferrer. «Estas imágenes "eran" de tabla, y en general de muy escaso o ningún mérito artístico». Al parecer las dos tallas de San Roque o San Vicente Ferrer que todavía posee la iglesia son las que vio el Archiduque (*Las Antiguas Pithyusas*).